

sia silenciosa y oscura, el tabernáculo iluminado y reluciente á veces, á veces confundido entre la nube de incienso que reposaba pesadamente sobre el altar, la voz sonora y religiosa del cardenal, la animacion de Lóndres el sábado, su soledad completa y triste en el domingo, todo en fin, formaba en mi cabeza una confusion tal de ideas, que ha sido menester que pase el tiempo para que yo pueda, mirando ya los árboles frondosos y las flores aromáticas de mi patria, escribir el recuerdo dulce y tranquilo de tan variadas é interesantes escenas.

## VII.

## LA EXPOSICION UNIVERSAL.

Los franceses han dicho que la idea de la Exposicion Universal era de la Francia. Dejando esta cuestion á un lado, lo que se puede asegurar es que la idea de las exposiciones particulares de los productos de la industria y de las artes, hace algunos años que está realizada en Europa, y naturalmente de la idea de una exposicion particular debia originarse la de una exposicion general. Lo que sucedia era, que en la idea de una exposicion general, se envolvía en primer lugar la gran dificultad de encontrar ó construir un edificio no solamente capaz de contener los productos que enviaran todas las naciones de la tierra, sino con todas las cualidades necesarias para la seguridad y lucimiento de los efectos que se expusieran; y en segundo lugar, el conseguir la realizacion del intento, haciendo que por

medio del amor propio y de la esperanza de obtener un premio, enviaran sus producciones los países mas distantes, sobreponiéndose á las dificultades, á los riesgos, y á los inmensos costos.

Si es cierto que la Francia inventó, es evidente tambien que la Inglaterra era la única capaz de realizar el pensamiento mas atrevido y mas sublime de la civilizacion.

Desde el principio del mundo hasta hoy, los ejércitos de diversas naciones se habian reunido en los puntos mas remotos de la tierra para pelear, para combatir y para destruirse. Los reyes, dejando sus Estados, se habian juntado en congreso para dividir entre sí, como si fuera su propio patrimonio, los rios y las montañas, los bosques y los valles, los hombres y los animales. Los comerciantes codiciosos, pasando por entre las tempestades de la mar, por los desiertos de arena del Africa y por la peste de las Indias, habian logrado traer á los mercados las telas del Oriente, el oro y la plata de las Américas, los perfumes de la Arabia y las esmeraldas y los diamantes de la India; pero nadie habia podido abarcar el pensamiento filosófico de que se reunieran en un solo lugar las muestras de la industria y del talento de toda la especie humana; y un dia dado, á una misma hora y en un mismo sitio vinieran todas las razas, con sus diferentes trages, con sus diferentes fisonomías, y con sus variados idiomas, á estrecharse la mano, á darse

un abrazo fraternal delante de la soberana de Inglaterra, y á contemplar de una vez y con una sola mirada, los adelantos del mundo en los siete mil años que lleva de existencia.

La Inglaterra, únicamente llena de caminos de fierro, de faros en sus costas, y de buques en sus puertos, que van y vienen de todas partes del mundo, podia realizar, y realizó en efecto una maravilla que no ha tenido semejanza en los tiempos pasados, ni tendrá igual en los siglos venideros.

La Exposicion arrojará siempre una luz diáfana é impercedera en el trono de la reina Victoria, y pasados algunos años, en vez de pintarla como á la reina Isabel, sombría, orgullosa y vengativa, con su armadura de guerra y sobre su caballo de batalla, la retratarán sentada en las orillas de las fuentes de cristal, y debajo de los olmos verdes y frondosos del transparente palacio, acariciando las blondas cabelleras de los príncipes, y presidiendo en ese templo tranquilo de la paz, la batalla en que están mezcladas todas las naciones, luchando no con la pólvora y el plomo destructores, sino con la fuerza de la inteligencia y de la industria.

El dia 1.º de Mayo de 1851, fué uno de los mas memorables que puede contar la Inglaterra, entre sus recuerdos de felicidad y de gloria. Contra lo que todo el mundo pensaba, el Palacio de la Exposicion, no solo quedó concluido, sino colocados en él la mayor parte de los objetos hasta entónces.

enviados. Ese día, hasta la naturaleza parece que se interesó en la solemnidad. El sol tibio y limpio de Mayo, disipó por un momento las nieblas espesas que el invierno aglomeraba todavía sobre Londres.

A las doce del día salió la reina de su palacio, acompañada del príncipe Alberto, en una carretela abierta y precedida de uno de los espléndidos escuadrones de guardias lijeras, se dirigió á la Exposición.

Apénas podían de cuando en cuando mirarse los cascotes brillantes de los guardias, las libreas rojas de los lacayos y las molduras brillantes de los coches de la corte, pasando como una aparición fantástica en medio de millares de gentes, que semejaban en sus movimientos y en su agitación á las olas de la mar cuando va á soplar una recia tempestad.

Entremos en el edificio. Debajo de una de las grandes bóvedas, estaba erigido un alto trono de rojo y de oro. En el trono estaba la reina con un vestido color de rosa, bordado de plata, y peinada con una pequeña corona de diamantes. A su lado estaba el príncipe Alberto, con su uniforme encarnado de mariscal de campo, cubierto el pecho de cruces y condecoraciones de piedras preciosas y diamantes.

Al lado del trono se hallaban el arzobispo de Cantorbery, el duque de Wellington, Lord Palmerston, Lord John Russell, todos los embajadores, de

grandes uniformes, y descendiendo así de uno y otro lado del trono seguía lo más escogido de la nobleza y de la hermosura inglesa, y de las personas más notables en Europa.

Apénas subió la reina al trono cuando cesaron los *hurra*s de alegría con que había sido recibida, y á un momento de silencio, siguió tocado por órganos y pianos y cantado por los coros que estaban preparados, el *Good save the Queen*; ese himno inglés que nada tiene de marcial, ni de guerrero, pero sí mucho de religioso y de solemne.

Todos los concurrentes, hasta las señoras, se pusieron en pié y escucharon con profundo respeto y visible conmoción el himno nacional.

El príncipe Alberto se separó del trono, y como presidente de la comisión, con la que se reunió, dió cuenta en un discurso corto y conciso de los trabajos que había emprendido la comisión organizadora y directora, y de los resultados que había obtenido, que por cierto eran patentes á la vista de todo el mundo y mayores que lo que aguardaban los mismos ingleses, que como es sabido tienen una fé ciega en todo aquello que pertenece al orgullo y al nombre de su país.

La reina respondió:

“He seguido con un interés vivísimo, la marcha de vuestros trabajos para el desempeño de los deberes que se os han confiado por la comisión real; y por el magnífico espectáculo de que hoy estoy

“rodeada, soy testigo con una satisfaccion muy sincera del feliz resultado de vuestros prudentes é incesantes esfuerzos.

“Me uno cordialmente á vosotros, para pedir á Dios que bendiga esta empresa, á fin de que aproveche al bienestar de mi pueblo y á los intereses comunes del género humano, fomentando las artes de la paz y la industria, estrechando los lazos de union entre las naciones de la tierra, y estimulando una honrosa y fraternal emulacion en el ejercicio útil de esas facultades con que para dicha de la humanidad, han sido agraciadas por los beneficios de la Providencia.”

El Arzobispo de Cantorbery recitó una oracion, que por su sencilla sublimidad y por la fé y fervor con que la pronunció, era digna de la gran solemnidad del dia y merece que se consigne en este capítulo, que no es mas que el recuerdo de un suceso que los siglos venideros han de aumentar y engrandecer con el mismo anteojo con que hoy vemos nosotros tan grandes y tan maravillosas todas las cosas de la antigüedad.

Dejemos hablar un momento al primado de Inglaterra. “Dios, todopoderoso y eterno dueño de todas las cosas, sin quien nada es fuerte, sin quien nada es santo, te rogamos que aceptés el sacrificio de nuestras alabanzas y nuestras gracias; recibe las súplicas que hoy te dirigimos en favor de este reino y de este país. Reconocemos, Señor, que has

multiplicado sobre nosotros tus beneficios, sabemos que si nos presentamos hoy ante tí para ofrecerte nuestras acciones de gracias, no es por el mérito de nuestras obras, sino por tu grande misericordia. En vez de humillarnos por nuestras ofensas, tú nos has dado lugar á alabarte por tu grande bondad. Ahora, Señor, te suplicamos que bendigas la obra que nos has permitido emprender, y juzgues favorablemente nuestro proyecto de reunir en un lugar de paz y concordia, las diversas naciones de la tierra, porque por tí, Señor, y no por nosotros, no se conocen en nuestro país violencias ni desastres; por tí, Señor, una nacion no desenvaina la espada contra otra nacion, y olvida el arte de la guerra. Por tí reina la paz dentro de nuestros muros y la abundancia en nuestros palacios; los hombres viajan sin miedo y la instruccion se estiende mas y mas: ¡alabanzas pues, á tu nombre, Señor, y no á nosotros! Mientras que nos ocupamos aquí de las obras de arte é industria que nos rodean, no permitas que nuestros corazones se aparten del Señor, nuestro Dios, ó que olvidemos que todos estos tesoros son obras de tus manos. Enséñanos á acordarnos de que todos estos tesoros que hemos reunido, son tuyos porque á tí es á quien pertenece el hacerlos grandes, el dar la fuerza y el honor.

“Nosotros te damos gracias, te honramos y te suplicamos que dirijas esta asamblea de tal suerte, que se encamine á la propagacion de la paz y la

benevolencia entre las diversas razas del género humano. Permíteme que las numerosas gracias que hemos recibido dispongan nuestros corazones à servirte cada vez mejor, à tí que eres el Autor y el distribuidor de todo lo que es bueno. Enséñanos à servirnos de las bendiciones terrestres que nos has prodigado, de modo que no apartemos nuestro afecto de las cosas celestes que tú has preparado para los que te aman, por los méritos y la mediacion de tu Hijo Jesucrito, al que contigo y el Espíritu Santo sean, tributamos honor y gloria para siempre. *Amen.*"

Concluidos estos discursos se cantó la Aleluya de Handel por los coristas de la catedral de San Pablo de la Abadía de Westminster y de la capilla de San Jorge de Windsor.

Después de la Aleluya se organizó una procesion en el orden siguiente:

Abrian la marcha los heraldos de armas. Seguia Mr. Joseph Paxton, que era el arquitecto del edificio.

Los Sres. Fox y Henderson, contratistas del palacio, los tesoreros y miembros de la comision, los emisarios extranjeros, los comisarios de la reina, Sir Robert Cust, maestro de ceremonias de palacio, el cuerpo diplomático, el duque de Wellington y el marqués de Anglesey, los chambelanes, mayordomos y reyes de armas.

El príncipe Alberto, que llevaba de la mano à la

princesa real, y la reina Victoria, que llevaba de la mano al príncipe de Gales, heredero del trono.

A los lados de la reina iban los príncipes de Prusia, de los Países Bajos y de Sajonia, que estaban de visita entónces en Inglaterra. Acompañando à esos nobles huéspedes iban la duquesa de Kent, madre de la reina, y el duque y la princesa de Cambridge.

Cerraban toda esta comitiva multitud de bellísimas damas y de gallardos oficiales al servicio de la reina y de los príncipes ingleses y extranjeros que se han mencionado.

Esta procesion dió vuelta por todas las espaciosas naves del edificio, caminando por entre dos valladas formadas por mas de treinta mil espectadores, todos perfectamente vestidos.

Vuelta la reina al trono dijo por medio de uno de los funcionarios: "*La Exposicion está abierta,*" y se retiró en seguida à su palacio, en medio de las aclamaciones de júbilo de mas de trescientas mil personas, que ocupaban los parques, los balcones y las torres de las iglesias vecinas.

Diez dias después de esta solemnidad llegué yo à Lóndres, y al visitar el Palacio de Cristal, logré imprimir en mi vida un recuerdo que nunca podré describir esactamente; pero que no se borrará probablemente de mi cerebro.

Brevemente, y aun cuando la materia no sea

muy agradable, procuraré dar algunos pormenores sobre el edificio de la Exposición.

El príncipe Alberto, del cual hablaré con mas estension en otra parte, ha tenido siempre el talento de ponerse al frente de todas las ideas y proyectos que puedan interesar á la gloria y á la prosperidad de la Inglaterra. Propagada la idea, como hemos dicho, de una Exposición universal, el príncipe no solamente adoptó la idea, sino que poniéndose al frente de ella personificó el sentimiento de todo el comercio inglés, éste hizo que la nobleza, que regularmente vé con desden todo lo que pertenece al ramo mercantil, tomara una parte activa en este proyecto: así es, que al príncipe Alberto se reunieron Lord John Russell, el arzobispo de Cantorbery, Lord Stanley, el embajador frances y Sir Robert Peel, que no tuvo la satisfaccion de concurrir á la solemnidad que hemos descrito por haber muerto pocos dias antes.

En dos sesiones quedó definitivamente resuelta la Exposición universal.

La dificultad invencible con que se tropieza no solamente en México, sino en Francia misma para proyectos de esta clase, que es la falta de dinero, quedó vencida en momentos en Inglaterra. Cuatro ó cinco personas se obligaron á responder por la suma de un millon doscientos mil pesos, y con esa seguridad el banco real anticipó inmediatamente los fondos, abriéndose en seguida suscripciones que

en el curso del tiempo no solamente cubrieron, sino que escedieron de esta cantidad.

Inmediatamente que los fondos estuvieron asegurados, se procedió á invitar por medio de los periódicos á los arquitectos de todas las naciones para que presentaran dibujos y planos para el proyectado edificio, cuyo techo debería cubrir un espacio de 700.000 piés cuadrados, y estenderse en una área de cosa de cosa de 900.000 piés.

Se presentaron en efecto 233 planos y dibujos en el corto tiempo de un mes, que fué el único plazo que se concedió á los arquitectos. De estos 233 dibujos 128 pertenecian á los arquitectos que viven en Lóndres, y 51 á los arquitectos de otras provincias de Inglaterra. La Francia presentó 27 dibujos, la Holanda 3, la Bélgica 2, la Suiza 2 y la Hannover 1; el reino de Nápoles 1, la Prusia 1, la ciudad de Hamburgo 1, y 7 que eran anónimos.

Los franceses que han escrito sobre la Exposición de Lóndres dicen, que la comision declaró vencedor á un arquitecto frances llamado Héctor Horeau y que cerrado ya el concurso se presentó Joseph Paxton y obtuvo el premio por ser jardinero del duque de Devonshire, *é inglés por añadidura.*

Lo que refieren los escritores ingleses es que examinados por la comision durante quince sesiones todos los diseños presentados, se determinó por unanimidad que con todo y lo admirables que eran algunos de los dibujos, ni uno solo de todos los

presentados llenaba el objeto, ni en el conjunto ni en los pormenores.

Después de esta resolución, que fué comunicada à la comisión real, se presentó Mr. Joseph Paxton con su diseño del Palacio de Cristal, el que fué adoptado con algunas modificaciones, una de las cuales fué la de que en vez del techo plano se formase una bóveda de una elevación bastante para conservar debajo de ella los árboles del parque.

Adoptada ya la manera de construcción se contrató la empresa con los Sres. Fox y Henderson, por una suma de 79.000 libras.

Los materiales que se emplearon fueron únicamente el hierro, el cristal y la madera.

Se gastaron en la construcción 4.000 toneladas de fierro, 896.000 piés de cristal y 600.000 piés de madera.

Cerca del gran edificio, se construyó otro mas pequeño que contenia cinco calderas de 150 caballos de poder, y un gran tanque de agua que servia de depósito para surtir las pipas y cañerías del servicio del palacio.

La área total del primer piso era de 772.784 piés cuadrados, y las galerías del primero y segundo cuerpo ocupaban 217.000 piés.

La elevación de la bóveda semicircular, era de 108 piés. Las naves principales tenían 64 piés de alto, y las laterales 44 piés.

Dos cosas preocupaban mucho, no solo á los

enemigos de Paxton, sino al público en general. La primera era la solidez y seguridad del edificio, y la segunda la conservación de los objetos espuestos, que se temia se dañasen con las lluvias.

No citarémos las pruebas que se hicieron ántes de abrirse la Exposición, sino los hechos que pasaron á la vista de todo el mundo. Hubo dia que estuviesen reunidos á la vez en la Exposición sesenta mil espectadores, que iban y venian en todas direcciones, subiendo y bajando en tropel las diversas escaleras de las galerías, y ni una sola columna del edificio se venció, ni una sola de las galerías y tránsitos sufrió el mas leve detrimento.

Durante los cinco meses que duró la Exposición, casi no hubo un dia que no lloviese, y algunas veces tan fuerte y continuadamente, que las calles se llenaban por un momento de agua. Pues bien, ni una gota de toda esa agua cayó sobre las ricas telas y esquisitos muebles colocados debajo de las galerías y miradores de cristal.

Ninguno de los edificios que pueda uno figurarse en la imaginación, tenia una apariencia tan ligera y tan frágil, como el Palacio de cristal. Parecia que el estallido de un cañon ó el viento del norte, eran bastantes para destruirlo, y sin embargo era tan sólido y tan fuerte, que parecia construido para durar tanto, como durarán en el mundo civilizado los recuerdos y los beneficios de la Exposición Universal de 1851.